

Bernardo de Balbuena (1562-1627). Nació en Valdepeñas (La Mancha), hijo de un colono español de Nueva España que había regresado a España. Balbuena se crió en España antes de viajar a México en 1584 para reunirse con su padre que había vuelto otra vez a sus tierras mexicanas. En México se ordenó sacerdote y participó en concursos poéticos (de los cuales ganó dos), una costumbre de la metrópolis que en América ya se encontraba muy desarrollada a finales del siglo XVI a medida que se iba creando una vida cultural urbana que imitaba la de la corte de la capital madrileña. La poesía de Balbuena refleja, lógicamente, las corrientes poéticas de la península. En 1604, año en que publica su *Grandeza mexicana*, elogia a Luis de Góngora, aunque es cierto que su propia poesía nunca llega a las complejidades artificiosas de Góngora. No obstante, el artificio es de hecho un motivo central del poema, ya que describe la bulliciosa ciudad de México como una especie de "obra de arte", creada por la actividad mercantil de sus habitantes. Es más: para Balbuena la ciudad es un compendio en miniatura de todo el Imperio y un gran cruce de caminos entre Asia y Europa. (Las Islas Filipinas eran una dependencia del virreinato de Nueva España hasta el siglo XIX, tras la independencia de México.) Balbuena volvió a España en 1606 donde dos años más tarde publicó *El siglo de oro en las selvas de Erifile*, una novela pastoril (género popular en la época que consiste en historias de amor de pastores en las que se mezclan poesía y prosa). En esta obra hay un extraño viaje "subterráneo" a México (¿desde España!), en el que los personajes tienen una visión de la grandeza de la ciudad novohispana antes de volver a sus prados extremeños. Balbuena volvió a América en 1610, primero como abad de Jamaica y luego como obispo de Puerto Rico. En 1624 en Madrid se publicó su gran poema épico, *El Bernardo*, una fantasiosa versión de las aventuras del legendario héroe castellano Bernardo del Carpio, que en la tradición de los romances vence a las tropas de Carlomagno en la batalla de Roncesvalles. En *El Bernardo* hay otro viaje maravilloso a México: en esta ocasión los personajes vuelan por los aires en un barco mágico que aterriza en el volcán Popocatepetl. Balbuena murió tres años más tarde, en 1627. Como su contemporáneo Ercilla, Balbuena representa el estrecho nexo entre la cultura de élite de las Américas y la de la metrópolis.

Balbuena tal vez no sea uno de los poetas más eminentes de su época, pero su grandioso elogio de la capital del virreinato no deja de llamar la atención por la novedad de su tema y por la manera en la que lo trata. El poema se construye como una gran glosa a una estrofa inicial, una octava real (el mismo tipo de estrofa que Ercilla utilizó en *La araucana*). Se compone de ocho capítulos que corresponden a cada verso de la octava inicial. Los capítulos están escritos en *tercetos encadenados* (versos de once sílabas que riman según el siguiente esquema: ABABCBCDCDEDE...etc.) Los pasajes aquí son fragmentos de los capítulos primero, sexto y octavo. Nótese que el poema acaba con un elogio al Imperio. Dirige su poema a una noble criolla (o sea nacida en América pero de padres españoles) de Nueva España, Doña Isabel de Tobar y Guzmán.

BERNARDO DE BALBUENA

LA GRANDEZA MEXICANA

LUIS ADOLFO DOMÍNGUEZ (ed.)

EDITORIAL PORRUA, S. A.
AV. REPUBLICA ARGENTINA, 15
MÉXICO, 1980

CARTA DEL BACHILLER
BERNARDO DE BALBUENA
A LA SEÑORA

DOÑA ISABEL DE TOBAR Y GUZMÁN

DESCRIBIENDO LA FAMOSA CIUDAD DE MÉXICO
Y SUS GRANDEZAS

ARGUMENTO

De la famosa México el asiento,
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y Estado,
todo en este discurso está cifrado.

CAPÍTULO I

ARGUMENTO

De la famosa México el asiento

Oh tú, heroica beldad, saber profundo,
que por milagro puesta a los mortales
en todo fuiste la última del mundo;

criada en los desiertos arenales,
sobre que el mar del Sur resaca y quiebra
nácar lustroso y perlas orientales;

do haciendo a tu valor notoria quiebra,
el tiempo fue tragando con su llama
tu rico estambre y su preciosa hebra;

de un tronco ilustre generosa rama,
sujeto digno de que el mundo sea
coluna eterna a tu renombre y fama:

oye un rato, señora, a quien desea
aficionarte a la ciudad más rica,
que el mundo goza en cuanto el sol rodea.

Y si mi pluma a este furor se aplica,
y deja tu alabanza, es que se siente
corta a tal vuelo, a tal grandeza chica.

[...]

Mándasme que te escriba algún indicio
de que he llegado a esta ciudad famosa,
centro de perfección, del mundo el quicio;

su asiento, su grandeza populosa,
sus cosas raras, su riqueza y trato,
su gente ilustre, su labor pomposa.

Al fin, un perfectísimo retrato
pides de la grandeza mexicana,
ahora cueste caro, ahora barato.

[...]

Tiene esta gran ciudad sobre agua
firmes calzadas, que a su mucha ge
por capaces que son vienen estrecha

que ni el caballo griego hizo puent
tan llena de armas al troyano muro
ni a tantos guió Ulises el prudente;

ni cuando con su cierzo el frío Art
los árboles desnuda, de agostadas
hojas así se cubre el suelo duro,

como en estos caminos y calzadas
en todo tiempo y todas ocasiones,
se ven gentes cruzar amontonadas.

Recuas, carros, carretas, carretones,
de plata, oro, riquezas, bastimentos
cargados salen, y entran a montones

De varia traza y varios movimiento
varias figuras, rostrós y semblantes,
de hombres varios, de varios pensan

arrieros, oficiales, contratantes,
cachopines, soldados, mercaderes,
galanes, caballeros, pleiteantes;

clérigos, frailes, hombres y mujeres
de diversa color y profesiones,
de vario estado y varios pareceres;

diferentes en lenguas y naciones,
en propósitos, fines y deseos,
y aun a veces en leyes y opiniones;

y todos por atajos y rodeos
en esta gran ciudad desaparecen
de gigantes volviéndose pigmeos.

¡Oh inmenso mar, donde por más que crecen
las olas y avenidas de las cosas
si * las echan de ver ni se parecen!

Cruzan sus anchas calles mil hermosas
acequias que cual sierpes cristalinas
dan vueltas y revueltas deleitosas,

llenas de estrechos barcos, ricas minas
de provisión, sustento y materiales
a sus fábricas y obras peregrinas.

Anchos caminos, puertos principales
por tierra y agua a cuanto el gusto pide
y pueden alcanzar deseos mortales.

Entra una flota y otra se despide,
de regalos cargada la que viene,
la que se va del precio que los mide:

su sordo ruido y tráfigo entretiene,
el contratar y aquel bullirse todo,
que nadie un punto de sosiego tiene.

Por todas partes la codicia a rodo,
que ya cuanto se trata y se practica
es interés de un modo o de otro modo.

Éste es el sol que al mundo vivifica;
quien lo conserva, rige y acrecienta.
lo ampara, lo defiende y fortifica.

Por éste el duro labrador sustenta
el áspero rigor del tiempo helado,
y en sus trabajos y sudor se alienta;

* Si por ni.

y el fiero imitador de Marte airado
al ronco son del atambor se mueve,
y en limpio acero resplandece armado.

Si el industrioso mercader se atreve
al inconstante mar, y así remedia
de grandes sumas la menor que debe;

si el farsante recita su comedia,
y de discreto y sabio se hace bobo,
para de una hora hacer reír la media;

si el pastor soñoliento al fiero lobo
sigue y persigue, y pasa un año entero
en vela al pie de un áspero algarrobo;

si el humilde oficial sufre el severo
rostro del torpe que a mandarle llega,
y el suyo al gusto ajeno hace pechero;

si uno teje, otro cose, otro navega,
otro descubre el mundo, otro conquista,
otro pone demanda, otro la niega;

si el sutil escribano papelista
la airosa pluma con sabor voltea,
costoso y desgraciado coronista;

si el jurista fantástico pleitea,
si el arrogante médico os aplica
la mano al pulso y a Galeno hojea;

si reza el ciego, si el prior predica,
si el canónigo grave sigue el coro,
y el sacristán de liberal se pica;

si en corvas cimbrias artesones de oro
por las soberbias arquitraves vuelan
con ricos lazos de inmortal tesoro;

si la escultura y el pincel consuelan
con sus primores los curiosos ojos,
y en contrahacer el mundo se desvelan;

y al fin, si por industria o por antojos
de la vida mortal, las ramas crecen
de espinas secas y ásperos abrojos;

si unos a otros se ayudan y obedecen,
y en esta trabazón y enga[r]ce humano
los hombres con su mundo permanecen,

el goloso interés les da la mano,
refuerza el gusto y acrecienta el brío,
y con el suyo lo hace todo llano.

Quitad a este gigante el señorío
y las leyes que ha impuesto a los mortales;
volveréis su concierto en desvarío.

Caerse han las columnas principales
sobre que el mundo y su grandeza estriba,
y en confusión serán todos iguales.

Pues esta oculta fuerza, fuente viva
de la vida política, y aliento
que al más tibio y helado pecho aviva,

entre otros bienes suyos dio el asiento
a esta insigne ciudad en sierras de agua,
y en su edificio abrió el primer cimiento.

Y así cuanto el ingenio humano fragua,
alcanza el arte, y el deseo platica
en ella y su laguna se desagua
y la vuelve agradable, ilustre y rica.

[...]

CAPÍTULO VI

ARGUMENTO

Primavera inmortal y sus indicios

Los claros rayos de Faetonte altivo
sobre el oro de Colcos resplandecen,
que al mundo helado y muerto vuelven vivo.

Brota el jazmín, las plantas reverdecen,
y con la bella Flora y su guirnalda
los montes se coronan y enriquecen.

Siembra Amaltea las rosas de su falda,
el aire fresco amores y alegría,
los collados jacintos y esmeralda.

Todo huele a verano, todo envía
suave respiración, y está compuesto
del ámbar nuevo que en sus flores cría.

Y aunque lo general del mundo es esto,
en este paraíso mexicano
su asiento y corte la frescura ha puesto.

Aquí, señora, el cielo de su mano
parece que escogió huertos pensiles,
y quiso él mismo ser el hortelano.

Todo el año es aquí mayos y abrilas,
temple agradable, frío comedido,
cielo sereno y claro, aires sutiles.

Entre el monte Osa y un collado erguido
del altísimo Olimpo, se dilata
cierto valle fresquísimo y florido,

donde Peneo, con su hija ingrata,
más su hermosura aumentan y enriquecen
con hojas de laurel y ondas de plata.

Aquí las olorosas juncias crecen
al son de blancos cisnes, que en remansos
de frío cristal las alas humedecen.

Aquí entre yerba, flor, sombra y descansos,
las tembladoras olas entapizan
sombrias cuevas a los vientos mansos.

Las espumas de aljófares se erizan
sobre los granos de oro y el arena
en que sus olas hacen y deslizan.

En blancas conchas la corriente suena,
y allí entre el sauce, el álamo y carrizo
de uvas verdes se engarza una melena.

Aquí retoza el gamo, allí el erizo
de madroños y púrpura cargado
bastante prueba de su industria hizo.

Aquí suena un faisán, allí enredado
el ruiseñor en un copado aliso
el aire deja en suavidad bañado.

Al fin, aqueste humano paraíso,
tan celebrado en la elocuencia griega,
con menos causa que primor y aviso,

es el valle de Tempe, en cuya veña
se cree que sin morir nació el verano,
y que otro ni le iguala ni le llega.

Bellísimo sin duda es este llano,
y aunque lo es mucho, es cifra, es suma, es tilde
del florido contorno mexicano.

Ya esa fama de hoy más se borre y tilde,
que comparada a esta inmortal frescura,
su grandeza será grandeza humilde.

[...]

[Balbuena describe la diversidad de la vegetación del Valle de México (aunque designándola siempre con nombres de plantas europeas). Al final del capítulo, enumera los árboles y plantas que describió previamente:]

Esta hermosura, estas beldades sueltas
aquí se hallan y gozan todo el año
sin miedos, sobresaltos ni revueltas,

en un real jardín, que sin engaño
a los de Chipre vence en hermosura,
y al mundo en temple ameno y sitio extraño;

sombrío bosque, selva de frescura,
en quien de abril y mayo los pinceles
con flores pintan su inmortal verdura.

Al fin, ninfas, jardines y vergeles,
cristales, palmas, yedra, olmos, nogales,
almendros, pinos, álamos, laureles,

hayas, parras, ciprés, cedros, morales,
abeto, boj, taray, robles, encinas,
vides, madroños, nísperos, servales,

azahar, amapolas, clavellinas,
rosas, claveles, lirios, azucenas,
romeros, alhelís, mosqueta, endrinas,

sándalos, trébol, toronjil, verbenas,
jazmines, girasol, murta, retama,
arrayán, manzanillas de oro llenas,

tomillo, heno, mastuerzo que se enrama,
albahacas, junquillos y helechos,
y cuantas flores más abril derrama,

aquí con mil bellezas y provechos
las dio todas la mano soberana.
Éste es su sitio, y éstos sus barbechos,
y ésta la primavera mexicana.

EPÍLOGO Y CAPÍTULO ÚLTIMO

ARGUMENTO

Todo en este discurso está cifrado

[...]

es México en los mundos de Occidente
una imperial ciudad de gran distrito,
sitio, concurso y poblazón de gente.

Rodeada en cristalino circuito
de dos lagunas, puesta encima dellas,
con deleites de un número infinito;

huertas, jardines, recreaciones bellas,
salidas de placer y de holgura
por tierra y agua a cuanto nace en ellas.

En veintiún grados de boreal altura,
sobre un delgado suelo y planta viva,
calles y casas llenas de hermosura;

donde hay alguna en ellas tan altiva,
que importa de alquiler más que un condado,
pues da de treinta mil pesos arriba.

Tiene otras calles de cristal helado,
por donde la pasea su laguna,
y la tributa de cuanto hay criado.

Es toda un feliz parto de fortuna,
y sus armas una águila engrifada
sobre las anchas hojas de una tuna;

de tesoros y plata tan preñada,
que una flota de España, otra de China
de sus sobras cada año va cargada.

[...]

¿Qué gran Cairo o ciudad tan peregrina,
qué reino hay en el mundo tan potente;
qué provincia tan rica se imagina,

que baste a tributar continuamente
tantos millones, como desta sola
han gozado los reinos del Poniente?

Es centro y corazón desta gran bola,
playa donde más alta sube y crece
de sus deleites la soberbia ola.

No tiene Milán, Luca ni Florencia,
ni las otras dos ricas señorías,
donde el ser mercader es excelencia,

más géneros de nobles mercancías,
más pláticos y ricos mercaderes,
más tratos, más ganancia y granjerías.

Ni en Grecia Atenas vio más bachilleres
que aquí hay insignes borlas de doctores,
de grande ciencia y graves pareceres;

sin otras facultades inferiores,
de todas las siete artes liberales
heroicos y eminentes profesores.

Sus nobles ciudadanos principales,
de ánimo ilustre, en sangre generosos,
raros en seso, en hechos liberales,

de sutiles ingenios amorosos,
criados en hidalgo y dulce trato,
afable estilo y términos honrosos;

damas de la beldad misma retrato,
afables, cortesanas y discretas,
de grave honestidad, punto y recato;

[...]

Está, al fin, esta ilustre ciudad llena
de todas las grandezas y primores,
que el mundo sabe y el deleite ordena,

amparada del cielo y sus favores,
a sólo Marte y su alboroto extraña,
en paz (si no son guerra los amores).

América sus minas desentraña,
y su plata y tesoros desentierra,
para darle los que ella a nuestra España.

Con que goza la nata de la tierra,
de Europa, Libia y Asia, por San Lúcar,
y por Manila cuanto el chino encierra.

[...]

Y admírese el teatro de fortuna,
pues no ha cien años que miraba en esto
chozas humildes, lamas y laguna;

y sin quedar terrón antiguo enhiesto,
de su primer cimiento renovada
esta grandeza y maravilla ha puesto.

¡Oh España valerosa, coronada
por monarca del viejo y nuevo mundo,
de aquél temida, déste tributada!

[...]

¡Oh España altiva y fiel, siglos dorados
los que a tu monarquía han dado priesa,
y a tu triunfo mil reyes destocados!

Traes al Albis rendido, a Francia presa,
humilde al Poo, pacífico al Toscano,
Túnez en freno, África en empresa.

Aquí te huye un príncipe otomano;
allí rinde su armada a la vislumbre
de la desnuda espada de tu mano.

Ya das ley a Milán, ya a Flandes lumbre;
ya el imperio defiendes y eternizas,
o la Iglesia sustentas en su cumbre;

el mundo que gobiernas y autorizas
te alabe, patria dulce, y a tus playas
mi humilde cuerpo vuelva, o sus cenizas.

Y pues ya al cetro general te ensayas,
con que dichosamente el cielo ordena
que en triunfal carro de oro por él vayas,

entre el menudo aljófár que a su arena
y a tu gusto entresaca el indio feo,
y por tributo dél tus flotas llena,

de mi pobre caudal el corto empleo
recibe en este amago, do presente
conozcas tu grandeza, o mi deseo
de celebrarla al mundo eternamente.